

### África: ¿Qué está pasando?

A menudo en círculos de científicos políticos y muy frecuentemente en la conversación cotidiana respecto del acontecer internacional, aparece una crítica local ante lo que se suele denominar como una indiferencia e incluso ignorancia desde las potencias, respecto de las características y el acontecer de nuestra región sudamericana. Al respecto, la siguiente pregunta es: ¿Cuánto conocemos nosotros respecto de la situación en otros continentes, que no sea la de aquellas potencias? Un buen ejemplo de nuestra falta de conocimiento sobre el acontecer en otras regiones en vías de desarrollo, lo constituye África. El continente africano está cambiando y pareciera que la aproximación desde las potencias y las no potencias occidentales, no lo ha hecho.

Entre el año 2020 y el 2050, se espera que la población de África se duplique, creciendo mucho más rápido que la población de cualquier otra región. Se estima que Nigeria por sí sola superará los 400 millones de personas para 2050, desplazando a los Estados Unidos como el tercer país más poblado. La población de África también es comparativamente mucho más joven que la de otras regiones, lo que significa que tendrá una gran fuerza laboral en el futuro. A pesar del efecto del COVID-19, el potencial de 54 países que podrían crear un bloque político que amplíe lo ya alcanzado con la Zona de Libre Comercio Continental Africana, es enorme.



Todas estas tendencias demográficas, económicas y políticas hacen que África sea cada vez más importante para los países más desarrollados. Además de impulsar el crecimiento y la innovación, el continente africano puede ser un motor de expansión democrática, incluso en lugares inesperados, como Sudán y Zambia, y puede impulsar los esfuerzos mundiales para revertir el retroceso democrático. Los países africanos más destacados también son aliados potenciales en muchos de los problemas mundiales más urgentes, como el cambio climático.

Sin embargo, las preocupaciones por la seguridad están aumentando en el Sahel (la franja este-oeste ubicada en el norte del continente) y en África oriental y meridional a lo largo del Océano Índico. Más de la mitad de la agenda del Consejo de Seguridad de la ONU está centrada en la paz y la seguridad en África. China, Rusia, Turquía y los países del Medio Oriente están expandiendo sus esferas de influencia en el continente, a veces fortaleciendo gobiernos autoritarios y facciones que son hostiles a los intereses europeos y estadounidenses.

Generalmente desde occidente se concibe una línea burocrática imaginaria entre el África subsahariana y el norte de África, y esta última es tratada como si fuera parte del Medio Oriente. Esta delimitación es errónea: Las personas, los bienes y las armas fluyen libremente por el desierto del Sahara, y el vacío de poder en Libia ha contribuido a la inestabilidad en países del Sahel como Chad, Mali y

Níger. El continente africano, en otras palabras, es una sola entidad interconectada. La Unión Africana, en la que los países del norte de África ejercen una influencia sustancial, no hace distinciones entre el norte de África y el resto del continente. Los países del norte de África podrían hacer mayores contribuciones económicas y diplomáticas en todo el continente si prestasen más atención al sur, un cambio que Europa y Estados Unidos deberían promover. Tratar al continente en su conjunto ayudará a responder a desafíos como la migración y el terrorismo, que atraviesan el Sahel y el Sahara, una región inestable que aumentará sustancialmente su población y su importancia geopolítica en las próximas décadas, sin obstáculos burocráticos.

También debería replantearse la comprensión geopolítica de África, especialmente su concepto de cuántos países africanos se relacionan con los estados del Golfo a través del Mar Rojo. Durante la última década, los lazos políticos y económicos entre el Cuerno de África y Oriente Medio se han ampliado enormemente: Qatar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos han aumentado las inversiones muy necesarias en la región y en el Sahel, pero las rivalidades entre esos países se han exportado al Cuerno, especialmente a Somalia, desestabilizando aún más los sistemas políticos ya fracturados. Las trayectorias de Etiopía y Sudán, posiblemente las dos prioridades más altas en África para Biden hasta ahora, han estado fuertemente influenciadas por los intereses de Oriente Medio. Muchos sudaneses temen que su revolución, que derrocó al dictador Omar al-Bashir en 2019, pueda ser secuestrada por fuerzas externas que se oponen a un Sudán democrático. El Presidente Joe Biden acertó al designar un enviado especial para el Cuerno de África. Probablemente debería reforzar esa medida, mejorando la colaboración entre departamentos y agencias burocráticas para elevar ambas orillas del Mar Rojo a las prioridades centrales de seguridad nacional.

Estados Unidos mantiene un relato centrado en disputarle África a China. Sin duda, hay un elemento de competencia estratégica que anima las actividades de ambos países allí y las acciones chinas frecuentemente refuerzan los regímenes autoritarios, pero al enmarcar la política de Estados Unidos en África de esta manera, como lo hizo antes la administración Trump, trata a los más de 1.300 millones de personas del continente como espectadores de una colisión geopolítica mayor en la que tienen poco interés. También ignora el hecho de que China se involucra en África de formas en que Estados Unidos no lo hace, ofreciendo préstamos y otras formas de apoyo que no son igualadas por otros. Los términos de esos acuerdos pueden estar en contra de los destinatarios, aunque existe un debate sobre este punto, pero en muchos casos Estados Unidos no ofrece una alternativa, lo que hace que sus críticas al comportamiento chino pierdan solidez. Se necesita demostrar a los africanos una preocupación por ellos por su valor y potencial inherentes, y no por su papel en la competencia de grandes potencias. Eso significará abandonar los temas de discusión ya desgastados y ofrecer alternativas competitivas al apoyo económico chino.

Promover valores como la democracia y el respeto de los derechos humanos es un esfuerzo a largo plazo. Sin embargo, con frecuencia, estos objetivos han pasado a un segundo plano frente a los intereses de corto plazo, especialmente los vinculados a la seguridad. Cuando los líderes de Guinea, Costa de Marfil, la República del Congo y Ruanda manipularon los límites de mandato en los últimos años para extender su gobierno, por ejemplo, la respuesta de Estados Unidos se remitió a algunas declaraciones cuidadosamente elaboradas, y en consecuencia ninguno de estos

líderes enfrentó efectos significativos por eludir los límites de su mandato. Las encuestas de opinión muestran que los africanos apoyan abrumadoramente los límites de dos mandatos para sus líderes. Sin embargo, los legisladores estadounidenses no estaban dispuestos a arriesgarse a una interrupción a corto plazo en las relaciones de Estados Unidos con estos líderes (y la supuesta estabilidad que garantizan) para defender la integridad de las instituciones democráticas africanas.

Los datos de las encuestas también muestran que la mayoría de los africanos comparten muchos de los valores típicamente occidentales como el apoyo a la democracia, elecciones libres y justas, libertad de asociación y libertad de expresión. En muchos casos, son sus líderes quienes no creen en estos valores. Tal fue el caso cuando Mahamat Déby, el hijo del hombre fuerte de Chad, Idriss Déby, tomó el poder tras la muerte de su padre a principios de este año en contra del plan de sucesión establecido en la constitución del país. Cuanto más tiempo permanezcan en el cargo los líderes impopulares (o sus descendientes), más caóticas serán las eventuales transiciones. (Después de evadir los límites de mandato en 2020, por ejemplo, el presidente de Guinea Alpha Condé fue derrocado en un golpe de estado a principios de este año). Por lo tanto, se necesita continuar con una estrategia multianual para el continente que se base en los valores que los occidentales y africanos comparten. Eso significará resistir la tentación de dejar que los intereses a corto plazo impulsen la adhesión al statu quo cuando es claramente incompatible con el sentimiento popular africano, teniendo en cuenta que un compromiso declarado con los principios democráticos distingue a Estados Unidos de países como China y Rusia en los ojos de muchos africanos.

Estados Unidos también debe elevar a las instituciones por encima de los individuos. Washington ha aprendido duras lecciones al hacer lo contrario. Por ejemplo, cuando Sudán del Sur obtuvo la independencia en 2011, los legisladores estadounidenses creyeron erróneamente que sus relaciones de larga data con los políticos más influyentes del país les permitirían persuadir a esos políticos para que se comprometieran y guiaran al país hacia la estabilidad y la democracia. Pero en todo momento, los líderes de Sudán del Sur anteponen sus propios intereses a los de la nación, desafiando los llamamientos estadounidenses.

Los funcionarios estadounidenses cometieron el mismo error en Etiopía, abrazando a Ahmed Abiy cuando se convirtió en primer ministro en 2018, sin hacer muchas preguntas. Sin duda, Abiy hizo una serie de movimientos iniciales que fueron genuinamente alentadores y sugirió que Etiopía estaba dando un giro hacia el respeto de los derechos humanos. Pero Estados Unidos, junto con muchos otros países, el Comité Nobel y algunos comentaristas se apresuraron a elevar a Abiy y presentarlo como un nuevo tipo de líder. (Estados Unidos cometió el mismo error con su predecesor Meles Zenawi). Lejos de llevar a Etiopía hacia un futuro democrático, Abiy ha avivado las llamas del odio étnico y ha llevado al país a una terrible guerra civil.

La apuesta más segura y mejor está en las instituciones que controlan la extralimitación de los ejecutivos, defienden el estado de derecho y exponen la cleptocracia: los tribunales; legislaturas; los medios de comunicación; y comisiones que se centran en las elecciones, la lucha contra la corrupción y la defensa de los derechos humanos. Muchos sudafricanos dan crédito a los tribunales y los medios de comunicación, junto con las organizaciones de la sociedad civil, por ayudar al país a sobrevivir a la desastrosa presidencia de Jacob Zuma. Desde la salida de Zuma del cargo en 2018, las autoridades sudafricanas han continuado investigando las actividades corruptas de su administración, lo que

llevó al reciente encarcelamiento del ex presidente por desafiar a los tribunales, un ejemplo notable de responsabilidad. En Kenia y Malawi, los tribunales han tomado decisiones audaces para invalidar elecciones defectuosas, lo que enfureció a los presidentes en ejercicio. Los altos funcionarios diplomáticos deberían invertir tanto en las relaciones con estas instituciones como en las relaciones con los Jefes de Estado. También deben defender estas instituciones cuando sean atacadas, incluso imponiendo sanciones.

En el caso del cambio climático, África tiene la menor responsabilidad de cualquier región, pero podría terminar pagando el precio más alto: el calor extremo y las precipitaciones variables ya amenazan la supervivencia humana en el Sahel, y el aumento del nivel del mar pronto pondrá en riesgo ciudades enteras. Cada uno de los 54 jefes de estado de África es una voz potencial en el debate sobre el clima, al igual que las dinámicas organizaciones de la sociedad civil del continente, que con demasiada frecuencia son ignoradas. Estados Unidos debería impulsar más liderazgo africano en las instituciones globales donde se debaten estos temas, y luego escuchar genuinamente lo que los africanos tienen que decir. No se trata de que Estados Unidos y otros países poderosos sean magnánimos: sirve a sus intereses, que los países africanos directamente afectados por el cambio climático participen en la búsqueda de soluciones, incluso presionando a los principales contaminadores, al igual que sirve a sus intereses para incluir a los países africanos en las discusiones sobre los factores que impulsan la migración, como la falta de oportunidades económicas.



Foto: Cumbre de la Unión Africana

Reformar el Consejo de Seguridad de la ONU para otorgar a África un papel más destacado, sería un paso interesante. La reforma podría ofrecer la sacudida que se necesita urgentemente y, al mismo tiempo, abordar una importante demanda africana. El G-20, que actualmente tiene solo un miembro africano (Sudáfrica), también debería considerar agregar países como Nigeria, que se ha convertido en una fuerza económica de relevancia. Y en reuniones ad hoc, como la Cumbre para la Democracia de Biden, los líderes democráticos de África deben ocupar un lugar destacado. Se debería impulsar estos cambios de manera proactiva, reconociendo que la reforma de instituciones de larga data está atrasada.

En suma, se aprecia un continente cuyos avances sociales, políticos y económicos son notables y sostenidos, lo que hace prever una relevancia creciente en el concierto mundial. Por ello, el resto del mundo debería mirar este fenómeno no como espectador, sino como actor. ¿Es eso, sólo una materia para las potencias? Nos parece que no: los escenarios de futuro afectarán a todos y desde luego, representan oportunidades para quienes está presentes en la forma y el momento oportuno.

*MLL, con información de Foreign Affairs*